

“Seis propuestas para el próximo milenio”, de Ítalo Calvino

García García, Mario

1994

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5380>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

ENTRE LA LIVIANDAD Y LA CRÍTICA UTÓPICA

Seis propuestas para el próximo milenio.
Ítalo Calvino. Madrid, Ediciones Ciruela, traductora Aurora Bernáñez, 1989, 144 pp.

Puedes decir que soy un soñador
Pero no soy el único
Espero que algún día te unas a nosotros
Y el mundo será uno.

John Lennon.

El texto que me dispongo a reseñar a continuación se refiere a la primera de seis conferencias que Ítalo Calvino se propuso dictar en el curso que debería haber tenido lugar durante el ciclo académico que va del año de 1985 a 1986, al cual el escritor italiano fue invitado por la Universidad de Harvard en Massachusetts, Estados Unidos.

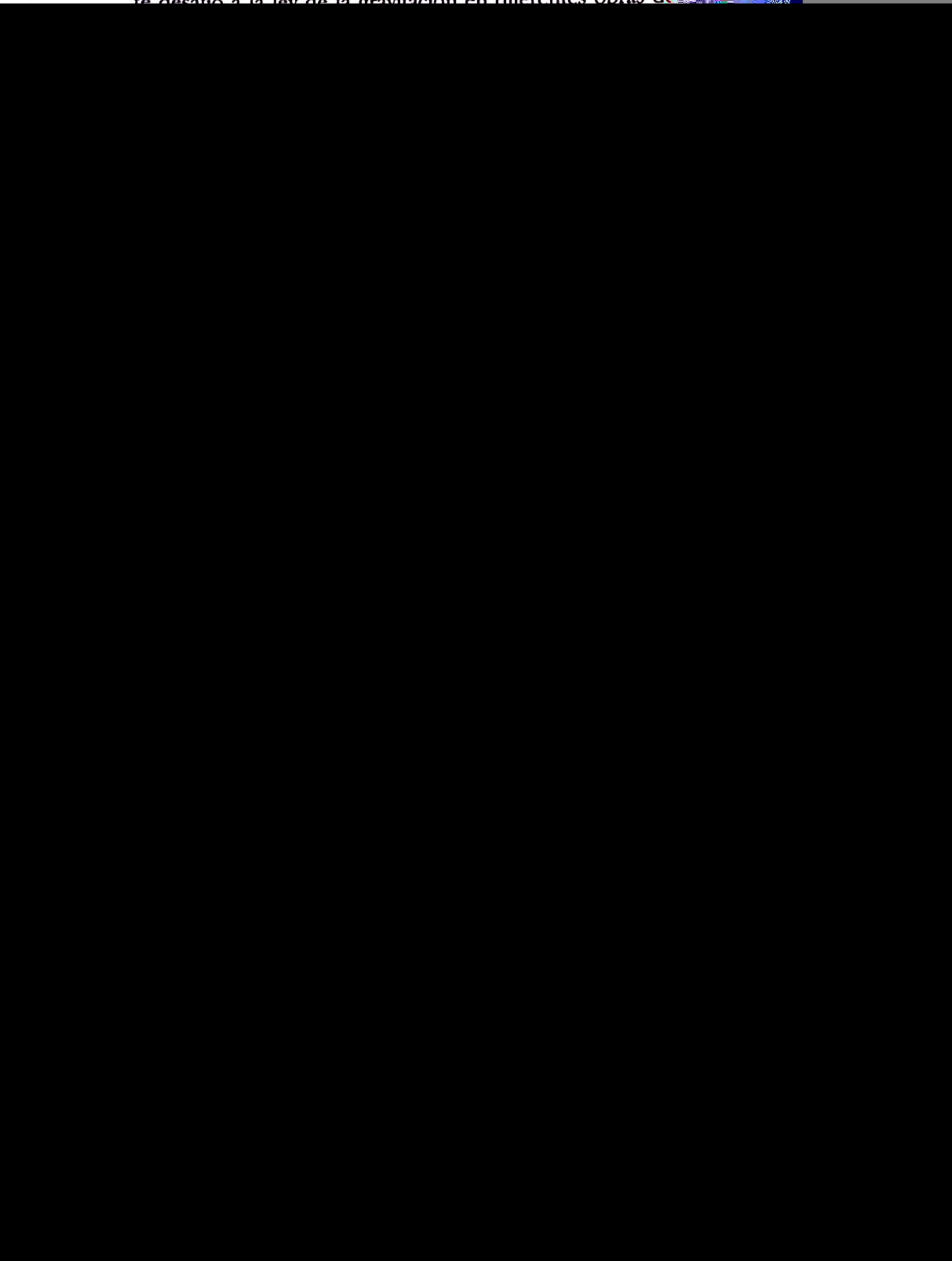
Calvino murió el 19 de septiembre de 1985, una semana antes de que emprendiera su viaje a los Estados Unidos. Tal vez, ésa fue la causa de que, de las seis conferencias que tenía programadas, únicamente se hayan encontrado cinco conferencias escritas por él.

En la primera conferencia —en la cual se centrará esta reseña— se refiere al tema de la levedad. La perspectiva del enfoque en que aborda el tema de esta conferencia se orienta, de alguna manera, en oposición al tema de la pesadez mostrando un conjunto de fundamentos con los cuales demuestra su preferencia por la levedad.

Las bases del marco teórico en que las ideas fuerza de este ensayo se fundamentan son una mezcla de filosofía y literatura.

Ítalo Calvino sostiene una actitud y una predisposición muy optimista (muy leve) sobre la levedad. Toda la argumentación que el autor utiliza sobre la levedad no está orientada a una oposición mecánica que se ejerce sobre la pesadez, sino que se propone generalmente sustraer peso

a las figuras humanas; a la estructura del relato y al lenguaje; a las ciudades; en fin, a la realidad. En esta perspectiva, es considerable el recurrente desafío a la ley de la gravitación en diferentes obras de



del simulacro se anula, en tanto éstos son diversos e intercambiables, haciendo así del lenguaje un elemento sin peso.

La gravedad sin peso es otra de las formas en que define a la levedad. De esta manera, para volver leve la pesadez de la tristeza la pulveriza en partículas de humor. Si el "humor" es lo cómico que ha perdido la pesadez corpórea y pone en duda el yo y el mundo; luego entonces, la tristeza aligerada en un pulvíscolo de átomos o el velo de minúsculas partículas de humores y sensaciones se traduce en melancolía.

Se puede decir que Milan Kundera es uno de los más explícitos y principales expositores de los últimos tiempos de los temas de la levedad y la pesadez. En su novela *La insoportable levedad del ser*, muestra un enfoque pesimista sobre la levedad, en tanto que, todo su desarrollo intenta descubrir el velo que esconde la ineluctable pesadez del vivir. El drama de esta novela toma como elementos básicos: por un lado, la condición recurrentemente presente de desventura y opresión que le ha tocado soportar a su país; y por otra parte, la condición de pesadez de todo ser humano que enfrenta en el vivir, es decir, en el peso de una pletórica red de constricciones públicas y privadas que envuelve a la existencia humana en una trama de nudos cada vez más apretados. De esta manera, intenta demostrar que en la vida, incluso, todas las formas de levedad terminan por revelar su insoportable peso.

Mientras en Kundera la levedad se puede identificar, también, con el *kitsch*, es decir, con el aligeramiento oficial —sacralizado y ritualizado con cánticos e himnos— de la monstruosa realidad. Para Calvino la levedad se asocia con la precisión y la determinación y no con la vaguedad y el azar. Además, considera que estos dos elementos deben estar presentes en el discurso lingüístico, en la medida en que el segundo de éstos permite diferenciar y distinguir cada una de las cosas o contenidos y el primero es la garantía de que exista claridad en el sentido exacto de las cláusulas en su conjunto y en cada una de ellas por separado.

Si partimos del entendido —de acuerdo con Calvino— de que levedad es una reacción sobre la insoportabilidad de la gravedad, considero que ésta puede tener un doble sentido: como mito-relato o como crítica utópica. En el primer sentido la liviandad se expone como la reproducción y reafirmación del presente en el pasado, es decir, como la recreación de una sensación irreflexible, aligerada, de lo que es pesado, en donde lo putrefacto se torna venial: "somos pobres pero felices." En el segundo sentido, la levedad se declara como la negación de la pesadez, como el desencanto y crítica del presente y/o como proyecto de futuro y/o negación del pasado.

MARIO GARCÍA GARCÍA

VIDAS EQUIDISTANTES

Los buscadores de oro, de Augusto Monterroso. México:
Alfaguara Literaturas No. 105; 1993,
123 pp.

Proemio

Augusto Monterroso nació en Tegucigalpa, Honduras, el 21 de diciembre de 1921, pero él ha expresado que "Soy, me siento y he sido siempre guatemalteco"... (p.15)

Exiliado en México desde 1944, es uno de los guatemaltecos que alto aprecio y reconocimiento se ha ganado por su obra literaria y su trabajo académico. Yo lo asocio con otros compatriotas suyos como lo son Luis Cardoza, Carlos Mérida y el poeta y gran conversador Carlos Illescas, aunque cada uno de ellos haya tomado su propio rumbo intelectual y artístico, y aunque Illescas sea el único que vive de esta triada equidistante por vocación e ideas, y unida por la línea de Guatemala.

Illescas me enseñó a llamarlo Tito Monterroso y recuerdo con agrado el efecto y respeto con que siempre se refiere a Tito, mediante su habitual caballerosidad, culto lenguaje y humor ingenioso y desbordante.

A Tito Monterroso lo he visto personalmente en tres ocasiones: en una recepción fastuosa del Conacyt en tiempos de un señor de melena blanca y barba de chivo; en un homenaje a Carlos Illescas celebrado en el Museo Carrillo Gil, cuando El...

vez más el frío, las mantas, la quinina. El frío me hará estremecer, y con la fiebre mi mente se llenará de nuevas y horribles visiones que tardarán horas en desaparecer. Entonces mi madre pondrá su mano bienhechora en mi frente, me dará a beber unos sorbos de agua fresca, dirá algo para tranquilizarme, y yo me dormiré preguntándome desde dónde vendrán los anillos de oro, los dientes de oro, los ojos de vidrio de las muñecas.” (p. 14).

Señala también que lo acompañará toda su vida, quizá por un sentimiento de culpa provocado a los 5 años, algo así como la sensación de posponer ante los demás o a favor de los demás su propio derecho a las alegrías y el gozo:

“... a lo largo de mi vida he vivido las cosas como si lo que me sucede le estuviera sucediendo a otro, que soy y no soy yo (...), como si las cosas buenas no pudieran ser para mí ni para ese otro yo al que miro actuar y que con seguridad tampoco las merece. (...) Así, es probable que la satisfacción que me producía el lindo color rosado del sexo de mi primera pareja erótica, y el consecuente castigo que recibí al ser expulsado de aquel inocente paraíso infantil, hayan impreso en mí de manera indeleble un sentido de culpa y condena, de rotundo no merecimiento de lo bueno o lo placentero, cosas estas últimas que en todo el futuro deberían ser ya para siempre y por derecho propio sólo para los demás”. (pp. 24 y 25)

Aunque él afirma con sentido negativo que es “distráido”, yo me permito traducirlo positivamente diciendo que se “distrae” del bulto que no le llama la atención y se concentra en lo que verdaderamente lo interesa, de acuerdo por supuesto a su sensibilidad e inteligencia:

“Del interior de la casa no recuerdo nada en absoluto (...). Pero de la imprenta se arraigaron con fuerza en mi memoria el olor, las prensas de pedal con su grande y redondo plato de metal que subía y bajaba lamido por el rodillo que lo recorría entintándolo una y otra vez; esos mismos rodillos hechos de un material gelatinoso entre firme y blando de color café oscuro, que se aclaraba cuando estaban recién lavados; (...) Ya casi no existen tipos móviles y ni siquiera tipos, y mucho menos rodillos o tinta, y el olor a imprenta será hoy cualquier cosa, menos el viejo olor a imprenta.” (pp. 38 y 40)

Colofón

En su ensayo literario de la memoria, en *Los buscadores de oro*, Tito Monterroso nos regala con su lenguaje sabio y sencillo, claro y modesto, que son tal vez sus propias cualidades, la película diáfana de su niñez, su familia, sus aventuras, alegrías y tristezas. Todo ello alude, finalmente, a

la narración vital de un escritor guatemalteco que recibió el premio Villaurrutia en 1975 y la condecoración del Águila Azteca en 1988.

Radica actualmente en el barrio de Chimalistac, más o menos cerca de la calle de Manuel M. Ponce, en la que pintaba tras un ventanal Carlos Mérida; cerca también de una callecita perpendicular a Miguel Ángel de Quevedo donde escribía Luis Cardoza; y un poco más allá, hacia el barrio de San Andrés Coyoacán, donde animado con la música de Brahms Carlos Illescas se apuraba a escribir para una revista de educación superior sus leídas "Cartas a Lucrecia".

Sirvan esta líneas breves para presentar el libro de Augusto Monterroso titulado con inocencia y candor *Los buscadores de oro*, título que se refiere a un juego fallido de su niñez, y provocar tal vez como ocurrió conmigo una lectura amena y un acercamiento a la vida real de un destacado escritor nacido en Honduras, de identidad guatemalteca y radicado en México desde hace 50 años, donde ha producido su reconocida obra literaria.

Javier Jiménez Brito